

Miguel Ayuso, *Chesterton cavaleiro andante*, San Luis de Marañón, Resistencia Cultura, 2023, 13 pp.

A partir de unas páginas publicadas en *Verbo* el año 1986, a los cincuenta años de la muerte de Gilbert Keith Chesterton, ligeramente ampliadas, el editor argentino Félix Della Costa imprimió en 2001 en Buenos Aires un opúsculo, del que en 2024 ha sacado una nueva edición, con el añadido de otras páginas que también vieron la luz originalmente en *Verbo*, tituladas «Un chestertonismo poco chestertoniano, para evidenciar una banalización al tiempo que reducción del significado de su obra.

Entre tanto, un editor brasileño, dentro de una colección de obras reunidas de Miguel Ayuso, incluía como volumen tercero de las mismas este texto, con las nuevas líneas incorporadas también a la reedición argentina.

Se trata de un ensayo sin pretensiones, pero que presenta una serie de rasgos del famoso escritor inglés dignos de ser conocidos. Comienza con una evocación de la eterna caballería (cap. I), para seguir con el repaso de los rasgos del caballero andante en Chesterton (cap. II) y concluir con una aspiración al retorno de la caballería (cap. III). El apéndice antes mentado completa el texto, que viene precedido por la traducción de un artículo de Juan Manuel de Prada en ABC sobre Miguel Ayuso y seguido por un postfacio del escritor brasileño Carlos Nougué, quien ha traducido el libro junto con su mujer Rosa Clara.

Vicente BERROCAL

José María Alsina Roca, *Antología*, s.d., 300 pp.

Una cosa es que se haga una edición no venal, tradición elegante que hay que encomiar, y otra es que no se incluyan datos en la edición y ni siquiera se anuncie. De ahí la agradable sorpresa que tuve cuando, al entrar en la Librería Balmes de Barcelona el pasado mes de octubre, reconociéndome una de las personas que allí trabajan, fui obsequiado amablemente con este volumen. Luego he podido saber, tras sumaria indagación, que esta obra deriva de la antología preparada por los amigos del profesor Alsina con motivo de su octogésimo genetliaco, ahora hace apenas un año, a inicios de octubre de 2024.

Va precedida de una introducción, también sin firma, en que se dice para empezar que «son numerosos quienes han podido disfrutar del magisterio oral de José María Alsina Roca en clases, seminarios, cursos o, sencillamente, en largos ratos de charla en su despacho, siempre abierto a sus alumnos, o en cualquier otro lugar, pues José María no ha desperdiciado ocasión alguna de iluminar las inteligencias y ofrecer criterio». Aunque ese magisterio oral haya predominado sobre el escrito, sigue la introducción, éste ha sido también abundante, plasmándose en «libros, prólogos, ponencias, transcripciones de conferencias, artículos y, sobre todo, sus habituales “razones del número” que acompañan a tantos de la revista *Cristiandad*, poniendo de manifiesto la intención de los mismos».

De entre tal producción el volumen selecciona, a modo de antología, «algunos de sus textos más representativos, publicados en su mayoría en las páginas de la revista *Cristiandad*, pero también en *Verbo y Espíritu*». «Son textos de temática muy variada que abarcan los principales intereses de José María Alsina: la devoción al Corazón de Jesús, La Eucaristía, la Virgen María y San José, el magisterio de la Iglesia, la política, la historia, la teología de la historia, Cataluña y España, la educación y la vida universitaria».

De manera que se ofrecen medio centenar de escritos de gran interés, que a buen seguro, «ayudarán a revivir ideas e impresiones en quienes siguen el magisterio de José María Alsina desde hace años y que confiamos en que animarán a quienes ahora lo descubren a profundizar en el mismo».

Desde *Verbo*, donde se publicaron algunos de los textos compilados, nos sumamos al homenaje. José María Alsina, junto con José María Petit y el maestro de ambos, Francisco Canals, fueron ponentes habituales en las Reuniones de amigos de la Ciudad Católica y colaboradores asiduos de estas páginas. Forman, pues, parte de nuestra historia.

El carisma apostólico del padre Ramón Orlandis, de la Compañía de Jesús, caracterizado de modo provocador por el profesor Canals, su principal discípulo y seguidor, como tomista, integrista, milenarista y *cruzadista*, fructificó en la obra de *Schola Cordis Iesu* y la Escuela tomista de Barcelona. Es claro que el tomismo no era una opción indiscutida en el seno de la Compañía de Jesús, donde se hallaba más difundido el suarismo. El integrismo, como el carlismo, que habían sido frecuentes, si no mayoritarios en la misma Compañía, desde el generalato del padre Martín a principios del siglo XX había ido retrocediendo de resultas de las indicaciones

de León XIII para un *ralliement* que en España se produjo antes que en Francia, si bien no ligado a la aceptación de la República sino de la monarquía liberal. Nada esencialmente distinto. Así pues, el integrista o el carlista de Orlandis y Canals tampoco eran de dar por descontado en tal contexto. El milenarismo, aunque la escuela huyó cautamente del término, se entendía fuera de las prohibiciones de la Iglesia, esto es, como esperanza intrahistórica del Reino de Cristo. Lo que no era frecuente en el panorama teológico de la época. El espíritu de cruzada llevaba consigo un ímpetu apostólico para el reinado de su Sagrado Corazón. El signo intelectual, pues, del padre Orlandis y el profesor Canals no sólo era neto, sino también decidido. Neta y decididamente tradicional y antimoderno.

El padre Orlandis murió en febrero de 1958, apenas unos meses antes que Pío XII, lo que quiere decir que la Providencia le ahorró el sufrimiento de vivir el Concilio Vaticano II y experimentar sus resultados. A Francisco Canals, en cambio, le tocó buscar y forzar una explicación de la perfecta continuidad de éste con la Tradición. Al principio todo el catolicismo tradicional compartió el mismo afán. Legítimamente. Después, en cambio, hubo que retorcer los hechos con criterios bienintencionados pero discutibles. También en esta casa seguimos un camino semejante, pero con orientaciones no monolíticas –a diferencia del caso barcelonés– y sujetas además a discreta evolución, al inicio, y más clara después. Lo que no se dio en nuestros amigos catalanes. Rafael Gamba solía utilizar una imagen afortunada para explicarlo. Si por una catástrofe nuclear, pongamos por caso, desaparecieran bibliotecas y hemerotecas, salvándose milagrosamente tan sólo una colección de *Cristiandad*, los historiadores de la Iglesia del futuro deberían concluir que, en el último tercio del siglo XX, de resultados de un acontecimiento providencial que fue el Concilio Vaticano II, se produjo un admirable florecimiento de la vida de la Iglesia en la que se hizo patente la concreción de sus Esperanzas. Canals, sobre todo, como Petit y Alsina, ha sido conscientes, ¡cómo no!, del problema. Otra cosa son las generaciones siguientes, con frecuencia buenos y todavía jóvenes sacerdotes, repetidores de un discurso, no suficientemente interiorizado, que trata de cohesionar dos líneas contradictorias, quedando fuera –por ejemplo– de la tradición litúrgica de la Iglesia y obligados a maquillar selectivamente las palabras y actos de los pontífices que desde entonces se han sucedido.

Miguel AYUSO